

**Homilía de D. Joaquín M^a en la Ceremonia de Inauguración de Curso
08/09 del Centro Diocesano de Teología, en la Parroquia de Santa
Maravillas, Getafe, el 7 de octubre de 2008.**

MISA DEL ESPÍRITU SANTO

Acabamos de escuchar al Señor que nos dice: *“El que tenga sed que venga a mi; el que cree en mi que beba (...) y de sus entrañas manarán torrentes de agua viva”* (Jn.7,37-39). Ese agua viva que nos ofrece Jesús es el don del Espíritu Santo y esos hombres sedientos somos nosotros.

Queridos hermanos: comenzamos un nuevo curso invocando al Espíritu Santo y pidiéndole que nos llene de sabiduría y fortaleza. En el trabajo que vamos a realizar en este Centro Diocesano de Teología podemos decir que todos somos protagonistas activos: profesores y alumnos. Todos, con diversidad de funciones, pero con igualdad de fines, formamos parte de la gran comunidad diocesana, todos somos miembros vivos de la comunidad eclesial y todos, por tanto, hemos de sentirnos implicados en su proyecto educativo y evangelizador.

El Centro de Teología esta al servicio de la educación en la fe. Todos vosotros de una forma o de otra, como catequistas, como profesores de religión o como padres tenéis responsabilidades educativas y habéis venido a este Centro para mejorar vuestra formación como educadores.

La tarea de educar se nos presenta hoy, como bien sabemos, llena de problemas. El Papa viene hablando, desde hace varios meses y en repetidas ocasiones de lo que él llama la “emergencia educativa”. En realidad hoy, cualquier labor de educación (dice el Papa) parece cada vez más ardua y precaria. Existe una creciente dificultad para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un correcto comportamiento. Hoy, mas que en otras épocas, la educación y la formación de la persona sufre la influencia, transmitida por los grandes medios de comunicación social de un clima generalizado de relativismo y de consumismo y de una falsa y destructiva exaltación, o mejor dicho de profanación, del cuerpo y de la sexualidad. Podemos decir que se trata de una emergencia inevitable: en una sociedad y en una cultura que con demasiada frecuencia tiene el relativismo como su propio credo, falta la luz de la verdad, más aún se considera peligroso hablar de verdad, se considera un signo de autoritarismo, termina por perderse el respeto debido a la

dignidad y a la vida humana (especialmente en sus fases de mayor debilidad, en su comienzo y en su final) y se acaba por dudar de la bondad de la vida misma y de la validez de las relaciones y de los compromisos que constituyen el sentido de la vida¹

Ante una situación así el mismo Papa se pregunta y nos preguntamos nosotros ¿ cómo proponer a los jóvenes algo válido y cierto, como transmitirles certezas que den solidez y consistencia a sus vidas, cómo proponerles unas normas morales de comportamiento universales y válidas para todos, cómo descubrirles un auténtico sentido de la vida y unos objetivos convincentes para la existencia humana, tanto para las personas como para las comunidades?².

Y en medio de estas dificultades ¿qué es lo que puede ocurrir?. Pues puede ocurrir que se tienda a reducir la educación - y esto es un gravísimo riesgo en el que no podemos caer - a la mera trasmisión de determinadas habilidades o capacidades de actuar, buscando satisfacer el deseo de felicidad de las nuevas generaciones colmándolos de objetos de consumo o de gratificaciones efímeras y proponiéndoles como único ideal de su vida el bienestar material. Incluso puede ocurrir, que haya padres que sólo pidan esto a los centros educativos. Desgraciadamente esto sucede, y muchos padres y profesores pueden sentir fácilmente la tentación de abdicar de sus tareas educativas y de no comprender ya cual es su papel y la misión que les ha sido confiada.

Pero no es este nuestro caso. No puede ser este nuestro caso. Y por eso comenzamos el curso pidiendo la luz del Espíritu Santo y haciendo el esfuerzo de venir a este Centro Diocesano a formarnos mejor

Ante los difíciles retos planteados hoy a la educación, apoyados en la fe y en la gracia de Dios, nuestra reacción ha de ser, no de huida, sino de oferta convencida y valiente de un modelo educativo que considera en toda su grandeza la dignidad del hombre como hijo de Dios y que tiene como luz la revelación sobre Dios y sobre el hombre que nos hace Jesucristo. Hemos de ofrecer a la sociedad un modelo educativo que confía en el hombre y en su capacidad de amar y en su deseo de verdad; y que sabe que la herida del pecado, que corrompe y destruye al ser humano, y que es la causa de todas las calamidades que ha vivido y vive la humanidad, ha sido curada y sanada en su raíz por la cruz del Señor y por su resurrección gloriosa.

¹ Cfr. Benedicto XVI. Discurso en la inauguración de los trabajos de la Asamblea diocesana de Roma” (11 de Junio de 2007

² Cfr. idem

Benedicto XVI nos da una serie de criterios muy luminosos para afrontar con esperanza esta difícil situación de emergencia educativa.

Lo primero que nos dice es que **tenemos que perder el miedo**,³ quitarnos los complejos y no dejarnos dominar o adormecer por el ambiente cultural dominante. Quien cree en Jesucristo posee un fundamento sólido sobre el que edificar su vida y la de aquellos que le son confiados. Quienes creemos en Jesucristo sabemos que Dios no nos abandona y que su amor nos alcanza allí donde estamos y nos acepta tal como somos con nuestras miserias y debilidades ofreciéndonos constantemente la posibilidad de hacer el bien. Hemos de perder el miedo afianzando nuestra fe, creciendo en el conocimiento de Cristo y de su Palabra, viviendo íntimamente unidos al Señor en la oración y en los sacramentos y fortaleciendo nuestros lazos de comunión con la Iglesia, sintiéndola como nuestra familia, nuestro pueblo y nuestra tierra, en la que hemos nacido a la fe, hemos encontrado a unos hermanos y vivimos permanentemente la paternidad de un Dios que nos ama.

Así, llenos de la fortaleza del Señor, hemos de reaccionar y ofrecer a nuestra sociedad, que vive sumida en una profunda crisis educativa, el compromiso de educar a nuestros niños y jóvenes en la fe, en el seguimiento y en el testimonio del Señor Jesús,⁴ sabiendo que este es el camino seguro para alcanzar una verdadera madurez humana.

El Papa también nos recuerda que **educar es dar algo de sí mismo**.⁵ La educación supone la cercanía y la confianza que nace del amor. No se puede educar sin amar. Y no se puede amar sin confiar en la persona. Hemos de establecer con los que nos son confiados, tanto en la familia, como en la escuela, como en la comunidad cristiana, lazos muy fuertes de amor y de confianza. Y eso supone dedicar tiempo y paciencia y mucho sacrificio y olvido de uno mismo. Y hemos de apoyarnos unos a otros. Y colaborar estrechamente unidos: colegio, familia y comunidad eclesial en todas aquellas iniciativas que contribuyan al bien de nuestros niños y jóvenes. En la educación podemos decir, como decía S. Pablo que uno muere a sí mismo para que el otro tenga vida.

Un tercer criterio, que nos recuerda el Papa, es tener el convencimiento de que **educar es despertar en el otro el deseo de**

³ Cfr. Benedicto XVI.. Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación (21 de Enero de 2008).

⁴ Cfr. Benedicto XVI. Discurso en la inauguración de los trabajos dela asamblea diocesana de Roma (11 de Junio de 2007)

⁵ Cfr. Benedicto XVI. Mensaje a la diócesis de Roma. (21 de Enero de 2008)

conocer y de saber: despertar en el otro el deseo de buscar la verdad.⁶ En realidad este deseo de conocer lo tiene el hombre desde que nace. Ya en el niño pequeño existe un gran deseo de saber, que se manifiesta en sus muchas preguntas y peticiones de explicaciones. Pero sería muy pobre una educación que se limitara sólo a dar nociones o informaciones sin plantear la gran pregunta acerca de la verdad, esa verdad que guía nuestros pasos y da sentido a la vida. El verdadero educador debe tomar en serio la curiosidad intelectual que existe ya en los niños y que con el paso de los años va asumiendo formas cada vez más conscientes.⁷ En todos los hombres hay una necesidad de verdad. Y hemos de responder a esa necesidad haciendo la propuesta de la fe. Pero una propuesta de la fe hecha en confrontación con la razón, ayudando a los jóvenes a ensanchar el horizonte de su inteligencia abriéndoles al Misterio de Dios en el cual encuentra sentido y dirección nuestra existencia, superando los condicionamientos de una racionalidad que sólo se fía de lo que puede ser objeto de experimento o de cálculo. El Papa habla con mucha frecuencia de una pastoral de la inteligencia que ayude a alcanzar la contemplación de la verdad volando con las dos alas que Dios nos ha dado: la de la razón y la de la revelación.

Un cuarto criterio para la educación es el **respeto a la libertad**⁸. La relación educativa es un encuentro de libertades. Educar es formar en la libertad. Y educar en la libertad es conducir a la persona de modo respetuoso y amoroso hacia las grandes decisiones que irán configurando su vida adulta. Una educación verdadera debe suscitar la valentía de las decisiones definitivas indispensables para crecer y para alcanzar algo grande en la vida, especialmente para madurar y dar consistencia y significado a nuestra libertad. El hombre verdaderamente libre es aquel que es capaz de orientar su vida hacia el bien y la verdad, asumiendo las decisiones y los sacrificios que el bien y la verdad exigen.

Finalmente, entre los muchos criterios que se podrían seguir indicando sobre la educación, el Papa habla de la **autoridad**.⁹ La educación implica, junto con la libertad, la autoridad. No hay educación sin autoridad. La educación necesita la autoridad. La educación no puede prescindir del prestigio que hace creíble el ejercicio de la autoridad: un prestigio que es fruto de la experiencia, de la competencia, de la coherencia de la propia vida y de una implicación personal nacida del amor. Y, especialmente, cuando se trata de educar en la fe es esencial la autoridad.

⁶ cfr. Benedicto XVI. Mensaje a la diócesis de Roma. 21 de Enero de 2008

⁷ cfr. Benedicto XVI. Discurso en la inauguración de los trabajos de la asamblea diocesana de Roma. 11 de junio de 2007

⁸ Cfr. Benedicto XVI. idem

⁹ Cfr. Benedicto XVI. idem

Una autoridad que brota del testimonio. En la educación de la fe es esencial la figura del testigo y la fuerza del testimonio. El educador de la fe es ante todo un testigo de Jesucristo y la autoridad le viene de su unión con Cristo y de una vida que sea reflejo de esa unión. El testigo de Cristo no transmite sólo información, sino que está comprometido con la verdad que propone. El auténtico educador cristiano es un testigo, cuyo modelo es Jesucristo, el testigo del Padre que no decía nada de sí mismo, sino que hablaba tal como el Padre le había enseñado (Cf. Jn. 8,28). Esta relación con Cristo y con el Padre es para cada uno de nosotros la condición fundamental para ser educadores eficaces de la fe.

Confiamos a la Virgen María, en esta fiesta de Ntra. Sra. del Rosario esta preocupación de saber educar a nuestro niños y jóvenes. Que Ella nos acerque a Jesús, Camino, Verdad y Vida. Que Ella nos ayude y conforte en nuestras dificultades y sacrificios poniéndonos junto a la Cruz de su Hijo. Que Ella nos haga testigos de la vida nueva y de la creación nueva que surgió en la resurrección de su Hijo.

Santa María, Esposa del Espíritu Santo y trono de la Sabiduría, ruega por nosotros y bendice los trabajos de este nuevo curso que comenzamos. Amen.